

Por Andrea Orbe
(orbea@rumipamba.edu.ec)

¡Vaya vocación!

El plano de la docencia ha cambiado, influenciado por nuevos requerimientos, por los efectos de la pandemia y postpandemia y por la búsqueda incansable de dejar huella. Actualmente se habla de que ser educador ya no es negocio, y considero que nunca lo ha sido; no, si la docencia nace de la vocación de ser parte del cambio desde las aulas. Esa fue mi motivación para ser maestra de inglés. Considero que es un idioma que está en todas partes, y que su impacto social se puede reflejar en el mundo.

Ser maestro involucra una cadena interminable de objetivos, reglas, evaluaciones y normas por cumplir. También tenemos las demandas de los chicos, las cuales pueden ir más allá de lo académico. En su silencio, en su “hola, profe”, en su mirada, se esconden situaciones difíciles o se ahogan gritos de auxilio que se calman con una palmada amigable, con un “¿cómo estás?”, o simplemente con responder a su hola.

En uno de los grupos con los que trabajo, más de la mitad de los estudiantes en el último año ha requerido asistencia psicológica por estrés. Para ellos y todos mis grupos trato de generar un ambiente equilibrado, procurando regirme a lo que el currículo requiere, pero sin dejar de lado la

parte humana. Evito ser estresante en la clase, busco que esta sea como un juego y se lleve con camaradería respetuosa, de tal forma que comprendan que lo estudiado es para la vida, tal como lo aplicamos en la conversación que llevamos cuando ahondamos y reflexionamos sobre los distintos temas y habilidades que han sido planificados.

Hace pocos años impartí clases a universitarios como parte de mis prácticas preprofesionales. Mis estudiantes eran mayores que yo y, en su mayoría, pertenecían a la carrera de Parvularia. Me invitaron a su ceremonia de graduación, y una de ellas mencionó en su discurso que “la vida es el maravilloso juego de aprender”. Y ¡vaya!, esa frase me marcó porque es cierto. No pretendo ser la favorita de los chicos, no pretendo ser la mejor maestra, eso es relativo; pero sí pretendo enseñarles eso: que la vida es el juego de aprender cada día y disfrutar de ello. Hago todo esto, influenciada también por otra frase que me rodeaba cuando era estudiante de colegio: “Educar el corazón con el corazón”.

Ser docente es una vocación que trasciende. Es la manera que elegí para inmortalizarme.

La docencia es una profesión enriquecedora. Muchas veces somos el respaldo que un estudiante necesita, y otras son ellos quienes nos mantienen motivados en nuestros momentos oscuros. No hay nada más grato que ver a las personas que pasaron por nuestras aulas, triunfando en la vida, superando metas que alguna vez esbozaron en sus ensayos de inglés. Nada más lindo que verlos cumplir sus sueños y saber que fuimos parte de su crecimiento.

Ser docente es una vocación que trasciende. Es la manera que elegí para inmortalizarme. Los médicos lo hacen con cirugías o tratamientos exitosos, los artistas lo hacen con sus obras, los abogados lo hacen con casos ganados... Los docentes nos inmortalizamos a través de vidas que se van formando en nuestras aulas y con nuestras palabras.

Y es que, además de lo que enseñamos, cada palabra elegida para dirigirnos a ellos tendrá un gran impacto, tal como las frases que he recordado en este escrito me han marcado a mí para ser la docente que ahora soy. Antes de cualquier título o certificado, está el nombre que tenemos, con el que nos van a recordar, y ese nombre es de un ser humano que forma a otros más.